

La conquista de México, revisitada

Afortunadamente lejana la versión de la conquista de México que se nos dio hace treinta o cuarenta años, en una España de misas obligadas y de imperialismos gratuitos, según la cual nuestros esforzados antepasados acudieron al Nuevo Mundo con la cruz y con la espada en una arriesgada empresa de salvación y de dignificación de los habitantes de aquellas tierras y, también, salvando las distancias de ciertas versiones tremendistas, que acabo de escuchar hace unos meses en la ciudad de Zacatecas, según las que España únicamente llevó a las Américas violencia y enfermedad, aparte de otros desarraigos como el intento de sepultar culturas y borrar costumbres, hoy día historiadores más o menos imparciales, en la mayor parte de los casos verdaderos estudiosos del tema y neutrales con la empresa conquistadora, nos están ofreciendo una interesante y bastante correcta, tal vez incluso repleta de verismo por los datos aportados, noticia de aquella gesta. Se nos está hablando de una realidad posiblemente muy cercana a la que tuvieron ocasión de contemplar, o sufrir en muchos casos, los últimos indígenas antes de la forzosa mestización que siguió al 13 de agosto de 1521, fecha en que Tlatelolco cayó en manos de Hernán Cortés, por cierto defendido no tan heroicamente como se rememora en la plaza de Las Tres Culturas.

Bien, en este caso nos vamos a ocupar de algunos comentarios en torno a lo que podríamos llamar un buen relato histórico, como es el que hace el historiador Hugh Thomas y que con apéndices, genealogías, documentos inéditos, ilustraciones, notas, fuentes e índices viene a ocupar casi un millar de páginas del tomo reco-

gido con el título nada extraordinario, por cierto, de *La conquista de México*¹, y cuya portada lleva una especie de subtítulo aclaratorio, tal vez innecesario y que más bien obedece a simples motivaciones mercantiles, para conducir al lector a eso que se describe como «El derrumbamiento del gran imperio de Moctezuma, uno de los acontecimientos más espectaculares de todos los tiempos, narrado magistralmente por un historiador excepcional». Sí conviene, sin embargo, dar algunos datos del autor del libro, sobre todo para aclarar su capacidad de estudioso del tema y sus dotes de hombre capaz de afrontar un trabajo como éste. Hugh Thomas nació en Windsor en 1931, estudió en Cambridge y en la Sorbona y con un libro de gran interés aparecido en un momento crucial para la historia más reciente, 1961, tuvo un notable éxito en los ámbitos intelectuales de Occidente. Ese libro se titulaba precisamente *La guerra civil española* y era uno de los primeros estudios sobre el tema no escrito por los vencedores de la contienda, los Gironella, Pemán, etc. que tal vez con la mejor intención ofrecían una versión excesivamente triunfalista de una lucha donde quien perdió fué todo un pueblo sacrificado en aras de los intereses de unos militares y unas clases sociales que no querían perder ninguno de sus privilegios en beneficio de algo universal conocido como democracia o justicia social. Otro libro que interesa destacar de Hugh Thomas es el titulado *Goya y el 3 de mayo de 1808* que vio la luz en 1973. Debemos aclarar que actualmente es asesor del Departamento de Investigación del Partido Conservador de su país y que desde 1981 ostenta el título de Lord Thomas de Swynnerton, al ser nombrado por la Corona Británica. El trabajo que ha supuesto la elaboración de *La conquista de México* se ha llevado a cabo tras el acceso a documentos que antes habían sido prácticamente obviados por otros historiadores y su versión de la intervención española en el país de los aztecas da una visión, tal vez plena de aciertos, que nos permite comprender las motivaciones de ese desmoronamiento de un imperio que parecía firmemente asentado en una economía de supervivencia y con unas tradiciones que permitían el desenvolvimiento efi-

¹ Hugh Thomas: *La conquista de México*. Editorial Planeta, Barcelona, 1994. (Traducción de Víctor Alba y C. Boune).

caz de una cultura que posiblemente no deseara, por entonces, ser transformada, pese a los avisos de la llegada de ciertos hombres barbados que podrían conculcar el poder del propio emperador. La ofensiva, hasta extremos inconcebiblemente brutales, de Hernán Cortés y sus hombres no tuvo otro objeto que el de transformar la historia de un pueblo hasta entonces libre y, desde luego, la capacidad de destrucción que esgrimieron sólo fue el preludio de un gran drama. Este drama consistió, como se advierte con más patetismo en otro libro del propio Hugh Thomas, titulado *Yo, Moctezuma, emperador de los aztecas*² en tratar de modificar no solo formas de vida sino mentalidades de todo un pueblo que gozaba de cierta prosperidad hasta que alguien lo encontró en su camino y, de una u otra manera, quiso desafiar las leyes que permitían tal estabilidad y convertirlo a una religión y a unos modos existenciales diferentes. La extrañeza de Moctezuma ante tal hecho se muestra lógicamente inquietante, pues si bien en principio creyó que los después llamados conquistadores eran una especie de dioses, mayores o menores, y como tal los recibió, incluso suponiendo a su hombre principal, Hernán Cortés, una reencarnación de Quetzalcóatl, el contraste de costumbres y los argumentos despiadados y contundentes de los recién llegados situaba a los indígenas en una indefensión no sólo física, sino, sobre todo, moral pues no parecía fácil un entendimiento pese a que mediaran insinuaciones como los interesados obsequios por ambas partes que, en el caso de los españoles trataban de obtener a cambio productos de gran valor como el oro, recompensa por un allanamiento vulgar y reiterado y, en el caso de los indígenas, por otra parte, perseguían una tregua indefinida para salvaguardar su existencia como pueblo. Hernán Cortés llevaba consigo a una intérprete llamada Malinali, mujer hermosa que conocía en parte las costumbres aztecas y que trataba de establecer el diálogo a través de un fraile llamado Aguilar y los indios que habían sido hechos prisioneros. Cortés era, pues, para Moctezuma el amo de Malinali, que los españoles ya conocían simplemente como Marina, y de ahí le quedó el apelativo de Malinche, dueño o señor de Malinali. En una de sus reflexiones el emperador azteca menciona que «Suponiendo que ese tal Malinche fuese Quetzalcóatl, podría insistir en llegar a Tenochtitlan,

aplastarlo todo, tomar posesión de nuestra ciudad, matar a todos los que hubiesen hecho sacrificios humanos (y eso me incluía)»³. Sin llegar a ser Quetzalcóatl las intenciones de Cortés no estaban lejos de tal presentimiento. En primer lugar la suya era una empresa de conquista, a favor del Rey de España o en beneficio de sí mismo y de sus gentes. Como segunda cuestión había algo que, al menos en su fuero interno, iba a justificar todo el asalto al imperio azteca. Era la destrucción de los falsos ídolos, el desarraigo de los cultos impíos, la marginación de los sacrificios humanos y, por encima de todo eso, el logro de una conversión al cristianismo, a la religión considerada verdadera. El convencimiento que esgrimía Cortés era, ahora sí admitimos la realidad predicada por la *universitas* franquista, la conjunción de cruz y espada. Los hallazgos de sacrificios humanos entre los aztecas eran algo indudable y no sólo los vestigios encontrados en excavaciones de sus lugares rituales sino extensa documentación dan fe de ello. Al respecto es muy interesante el estudio de Yolotl González Torres titulado *El sacrificio humano entre los mexicas*⁴ donde se viene a decir de una manera bastante realista que tales actitudes no sólo en México sino entre otros pueblos mesoamericanos, es algo que debería situarse en un contexto económico y social, en un marco político y religioso que tal vez sea difícil concebir para nuestras sociedades que tienen otros presupuestos culturales, igual que era difícil concebir el nacimiento de la esclavitud en la antigua Roma como un arte de dignificación de los vencidos. La justificación al mantenimiento de la esclavitud venía basada por el razonamiento de que era menos cruel someter a este tipo de atadura a los enemigos capturados en la batalla que exterminarlos como se había venido haciendo. Su exterminio a nadie beneficiaba mientras que al ser doblegados a esclavitud estaban creando una mano de obra barata y estaban posibilitando el desarrollo de una economía que, de esta manera, engendrará determinados beneficios para el conjunto

² Hugh Thomas: *Yo, Moctezuma, emperador de los aztecas*. Editorial Planeta, 1995. (Traducción de C. Boune).

³ Thomas, 1995, 134.

⁴ Yolotl González Torres: *El sacrificio humano entre los mexicas*. Fondo de Cultura Económica/Instituto Nacional de Antropología e Historia. México, D.F., 1985.

del Estado. El hecho es que Cortés tenía ese doble objetivo, la conquista y la redención. Algo diferente es que ni los conquistadores se veían como rehenes de otro pueblo o de otra cultura y, sobre todo, no admitían *a priori* que la suya fuera una religión, o una manera de vida, antinatural. Moctezuma trata de aplacar a Cortés, no sólo facilitándole oro, ofreciéndole mujeres y mostrándose sumiso incluso hasta el término de consentir en un vasallaje al recién llegado y a su señor de allende los mares sino que, sobre todo, le permite que habite en sus lugares sagrados, en sus palacios y hasta que coloque sus imágenes en los lugares de culto. Parecía que a partir de aquí la obra de Cortés era algo vano, pero no es así, su ambición persigue un dominio total de la situación. El conquistador que había partido de Cuba, buscando nuevas rutas en el mar proceloso, tras las suposiciones del gobernador de la isla, Diego Velázquez, de la existencia de otras tierras de las que con frecuencia habían visto llegar indios en canoas. Hugh Thomas recuerda que «Los viajes marítimos que emprendía (Velázquez) en esos tiempos tenían por objeto conseguir esclavos para compensar la escasez de mano de obra, cuyo efecto empezaban a sufrir tanto él como los colonos de La Española»⁵. Bien, una vez en México vemos que Cortés se comporta como un verdadero adelantado, toma posesión de las tierras que encuentra en nombre de la Corona pero en beneficio propio y no permite que nadie más que sus allegados se enriquezcan con la aventura. Se cuenta que incluso los hombres a sus órdenes se sienten descontentos con frecuencia e intentan aprovechar la mínima oportunidad para aprovisionarse de oro o de alimentos, lo cual es castigado severamente por los jefes. Está naciendo así una situación de privilegios y elitismo que se enfrenta a la progresiva destrucción del imperio azteca donde, además del uso de armamento desconocido entre los indios, aparecen las estrategias ya ensayadas por los ejércitos españoles en sus campañas por media Europa frente a la improvisación de los indígenas en una mínima defensa de su territorio. Además el propio emperador, que llega a confiar en Cortés y de quien podríamos decir en lenguaje moderno que padece una especie de síndrome de Estocolmo por suponer incluso alguna bondad en los recién llegados, es secuestrado realmente por el conquistador victorioso y esfuerza-

do. Para ello Cortés se vale de alianzas con pueblos tradicionalmente enemigos de los aztecas y aprovecha las simples mayorías numéricas de sus hombres para presentar batallas que fácilmente pueden darle ventaja en su penetración por el territorio. A ello se une la imposición de condiciones cada vez más férreas hasta llegar a conseguir, por ejemplo, algo tan insospechado como es la conversión al cristianismo de Moctezuma, ya obligado por su propio temor a Malinche y tal vez como remedio a una catástrofe que veía difícil detener. En estos momentos ya existen críticos a su alrededor, personajes como el joven Cuauhtémoc, que fue octavo emperador tras el breve reinado de Cuitláhuac muerto de viruelas, y que tras cuatro años de prisión fué ahorcado por orden de Cortés en 1525. Estas críticas no son más que el resultado de su debilidad guerrera por una parte y de su aceptación de una situación de sometimiento por otra. Mientras tanto Cortés prosigue su avance en todos los frentes, eliminando a quienes pretenden hacerle sombra o manteniendo cerca a sus colaboradores de siempre, como su paisano de Medellín. Gonzalo de Sandoval, y en pugna permanente con Velázquez u otros personajes como Narváez que incluso pretenden llegar a algún tipo de acuerdo con Moctezuma en una estrategia envolvente que facilitaría al navegante posiciones de privilegio en la conquista. Sin embargo, Cortés y sus amigos, mejores conocedores del terreno y de la situación de los indios, les toman la delantera y vencen a sus enemigos, lo que les permitirá tomarse en serio el desbaratamiento del imperio de Moctezuma que, por entonces y aprovechando las rencillas de los españoles, habían dejado de suministrar alimentos a la tropa y volviendo a sus antiguas costumbres. «Alvarado, muy nervioso, —recuerda Thomas— encontró luego unas mujeres dando los últimos toques a una imagen de Huitzilopochtli, en el estilo habitual para esta clase de ceremonias: un armazón de palos de “mízquitl”, relleno de una masa de semillas de chicalote amaranto “llamado tzaolli”, “fecha de masa e sangre e muchas maromas e aparejos para lo subir en alto”, esta sangre érala de cautivos recién sacrificados»⁶. Tal vez estos hechos y no menos el permanente deseo de aumentar riquezas y poder animan a Cortés a incremen-

⁵ Thomas, 1994, 115.